

MÉRITOS Y DEMÉRITOS.

Introducción. He vivido unos últimos días muy regalados y muy especiales, cargados de nervios, de tensión, de expectativas, de experimentar lo que es ser examinado, evaluado, puesto mi trabajo en tela de juicio. Bajo la atenta mirada de un tribunal que tenía como misión valorar y poner nota al trabajo realizado. He podido concluir una etapa de dos años de estudio de la licenciatura en Teología Pastoral, que ha finalizado con la defensa pública de la tesina. Han sido días de mucha contradicción y de muchos sentimientos encontrados. Por un lado ha recibido muchas manifestaciones de apoyo, de soporte, de felicitaciones. Recibir el calor, el cariño de muchos amigos y personas de la comunidad, me ha llenado de alegría y de gratitud, de saberme acompañado y querido. Y al mismo tiempo han sido días de recibir críticas, correcciones, de descubrir una vez más mis límites, mis miedos, y mis contradicciones. Saber que uno ha hecho un esfuerzo prolongado durante tiempo, pero sentir la inseguridad, la vulnerabilidad de quien busca la aprobación de los demás. Y me ha servido para reconocer que muchas veces lo que se expresa hacia fuera, lo que muestran nuestros gestos y nuestras palabras no siempre se parece a lo que se vive en el fuero interno, no siempre coinciden.

Y la propuesta del Señor es clara, se llama camino de madurez y de integración. Que cada vez más las dos dimensiones que nos constituyen, lo que expresamos hacia fuera, y lo que sentimos a nivel interior, se acerquen. Que nuestros gestos y nuestras palabras hablen cada vez con más claridad de lo que está escrito en lo profundo de nuestro corazón.

Lo que Dios nos dice. “¿Empezamos otra vez a recomendarnos? ¿Acaso necesitamos cartas de recomendación vuestras o para vosotros? Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestro corazón, reconocida y leída por todo el mundo. Demostráis ser carta del Mesías, expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo, no en lasas de piedra, sino en corazones de carne. Esta confianza en Dios la tenemos gracias al Mesías. No es que por nuestra parte seamos capaces de apuntarnos algo como nuestro, sino que nuestra capacidad viene de Dios, que nos capacitó para administrar una alianza nueva: no de puras letras, sino de Espíritu; porque la letra mata, el Espíritu da vida.” 2ª Cor 3,1-6.

Ser carta de amor de Dios para el mundo, escrita a base de aciertos y de equivocaciones, a través de caídas, y vueltas a levantarse, hacen que nuestra pobre humanidad se convierta en el evangelio que los demás pueden leer. Una misionera de nuestra comunidad, después de una semana de misiones en un país de África quiso regalarle su Biblia a una catequista con la que compartió estrechamente esa experiencia misionera. Cuál sería la sorpresa de la misionera, cuando la mujer le dijo que no podía recibir el regalo. Que no sabía leer. Pero lo que más conmovió a la misionera fueron las palabras de la mujer: “Usted no se preocupe hermana, que todo lo que pone en ese libro, yo lo he podido leer en su vida”.

Ojalá nuestra vida siempre fuera una transparencia tan evidente del amor que nos habita. Pero con sinceridad reconozco que en nuestro corazón se albergan un montón de sentimientos, de aspiraciones y de deseos, que no siempre saben a evangelio.

“Luego surgió una disputa entre ellos sobre quién de ellos se consideraba el más importante. Jesús les dijo: Los reyes de los paganos los tienen sometidos y los que imponen su autoridad se hacen llamar bienhechores. Vosotros no seáis así; antes bien, el más importante entre vosotros sea como el más joven y el que manda como el que sirve. ¿Quién es mayor? ¿El que está a la mesa o el que sirve? ¿No lo es, acaso, el que está a la mesa? Pero yo estoy en medio de vosotros como quien sirve”. Lc 22,24-27.

Es impresionante que estando Jesús en los momentos finales de su vida, a punto de entregar su vida en la cruz, las aspiraciones de los apóstoles fuera discutir sobre cuál de ellos era el más importante. Pero no me siento muy diferente a ellos. Cuantas veces se esconden oscuras intenciones en lo que aparentemente está cargado de amor. Estudiar objetivamente es capacitarse para desempeñar mejor la misión. Pero hay una cuota de soberbia, de engreimiento, de sentirse grande importante. Querer deslumbrar, ser admirado y valorado, también se cuela entre la generosidad y el esfuerzo. Y sin caer en un juicio escrupuloso e insano, sí que reconozco que no me siento libre de aplausos, de recompensas y de valoraciones externas. Me siento demasiadas veces buscando agradar, contentar, pretender dar una imagen, diferente de lo que en el fondo soy. Y esa dependencia de la aprobación de los demás me convierte muchas veces en alguien que falsea y miente, por guardar las apariencias. De eso, con firmeza, el Señor me quiere liberar.

“Ese tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que su fuerza superior procede de Dios y no de nosotros. Por todas partes nos aprietan, pero no nos ahogan; estamos apurados, pero no desesperados; somos perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no aniquilados; siempre transportando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que se manifieste en nuestro cuerpo la vida de Jesús. 2ª Cor 4,7-10.

Los juicios que los demás hacen de nuestra vida nos influyen muchísimo. Si las palabras de apoyo nos aumentan la confianza, las correcciones, y las críticas nos debilitan, y nos entristecen. Pero el camino de la humildad es reconocer que en medio del barro, de la debilidad, hay un tesoro, que es imborrable. La huella de Dios en nuestra vida, su presencia, su amor, es lo que le dan valor y dignidad a cualquier vida humana.

Cómo podemos vivirlo. Me siento invitado a agradecer todo lo vivido. Acoger todas las manifestaciones de aliento, de contagio de energía, de positividad. Animado a continuar mi labor misionera con una fidelidad creciente. Pero sin apropiarme de nada, sin vanagloriarme, sin crearme nada. Porque mi propia debilidad, mis flaquezas, mis pecados, me recuerdan diariamente que sin el Señor no puedo nada. Sólo soy fuerte, si el Buen Dios me fortalece. Sólo soy creíble, si la carta de amor que es mi vida, la escribe Jesús diariamente en mi corazón con misericordia, con ternura, y con la exigencia que nace de su compromiso para que sea libre de verdad.